

Lo mismo que á la historia, impúsose á la naturaleza la obediencia á las reglas del arte; también ella tiene sus desórdenes, que ofuscaban al cartesiano Malebranche:

«Es verdad, escribe en sus Meditaciones cristianas, que el mundo visible sería más perfecto si las tierras y los mares tuviesen configuraciones más regulares; si, siendo más pequeño, pudiese sustentar igual número de hombres; si las lluvias fuesen más regulares y las tierras más fecundas, en una palabra, si no hubiese tantos monstruos y tantos desórdenes. Pero Dios quería enseñarnos que será el mundo futuro su verdadera obra, ó el objeto de su complacencia y el motivo de su gloria.»

En cuanto al mundo presente, es desordenado porque es la mansión de los pecadores; las irregularidades de las rocas y los escarpes de las costas son castigos del pecado. Malebranche, en esta ocasión, habla en su triple cualidad de geómetra, de cartesiano y de sacerdote; pero no fué el único que, en su tiempo, opinó de esta manera.

La doctrina enseñaba á no mirar la naturaleza imperfecta sino al través del arte de los antiguos. Bourdón, académico escultor, aconsejaba á los artistas jóvenes que se familiarizaran con la antigüedad hasta el punto de que pudiesen reproducirla de memoria; indudablemente, les decía, hay que dibujar del natural; pero para dar luego á la figura «el carácter de alguna figura antigua, del *Hércules Cómodo*, por ejemplo, ó de cualquier otra estatua que les atrajera más particularmente.»

Quería que el artista «comprobase luego, con el compás en la mano, si lo que había dibujado del natural tenía las medidas que daba lo antiguo;» y si resultaba alguna diferencia, era menester «sujetarse» á las medidas de lo antiguo, puesto que «éstas son exactas.» De manera que el artista no debía buscar la forma; la antigüedad la había encontrado. Y así Le Brun no se sorprende, antes bien lo admira, cuando reconoce en *Los israelitas recogiendo el maná*, de Poussin, un Laocoón, una Niobe, un Séneca, una Venus y un Médicis.

Felibién tenía por cierto que el grupo del Laocoón había inspirado á los artistas italianos en quienes se continuaba la revelación hecha á la antigüedad. La Academia contemplaba religiosamente aquella obra dramática, que Van Obstal ensalzó un día, en una lección: Laocoón, dijo, es «un hombre de calidad... Si los movimientos que el dolor determina en todo su rostro no hubiesen alterado sus facciones, veríanse en él las señales más bellas y más naturales de un hombre de bien.» Después que hubo dicho esto, «todos convinieron en que en aquel modelo es donde puede aprenderse á corregir hasta los defectos que generalmente se ven en el natural, porque todo en ella se presenta en un estado de perfección y tal como parece que la naturaleza haría todas sus obras si no tropezase con obstáculos que le impiden darles una forma perfecta.»

La doctrina, que no quería tener para nada en cuenta el natural y la historia, era, sin embargo, el natural producto de una historia consumada en un país determinado, Francia, y fué una especie de repetición de la política real. La política y la doctrina, cada una á su

manera, hicieron la guerra al provincialismo, al particularismo, á la independencia de los individuos. El rey buscó en las diferencias y desemejanzas históricas y naturales el tema de su ley, y la doctrina el de sus reglas; uno y otro tenían como mira una especie de ser de razón que les obedeciera, y su acción paralela se acercó y acabó por confundirse. A medida que se afirmaba la autoridad del rey, la crítica hacíase más autoritaria; los grandes obreros del clasicismo, Malherbe y Balzac, fueron contemporáneos de Richelieu y de Mazarino, y las dos fuerzas, la intelectual y la política, se unieron en las academias bajo el reinado de los cardenales. De igual modo el rey y la crítica hicieron la guerra al extranjero, el uno por la independencia y la gloria de la corona, y la otra por la «nacionalización de la literatura» y por la gloria del ingenio francés; y en el momento mismo en que el rey, vencedor de sus enemigos, se dejaba dominar por el orgullo, los escritores quisieron «equiparar el nombre francés al nombre romano,» y reforzar la supremacía por las armas con una supremacía por la inteligencia. Esta conformidad con la vida nacional explica la victoria de la doctrina que fué, en su tiempo, una potencia legítima.

Por lo demás, el método de los doctrinarios, consistente en deducir lo abstracto de lo concreto y ascender de lo particular á lo universal, es uno de los procedimientos naturales del espíritu humano; y la antigüedad, que imponían como modelo, es un modelo hermoso de razón y de belleza. La doctrina clásica inspiró obras claras, ordenadas y grandes; pero fué un error asombroso querer hacer «moderno» con «ruinas» y transportar á Francia pórticos, peristilos, los estilos jónico, dórico, corintio y compuesto, lo propio que el épico y el trágico, á la manera de «la Roma y de la Grecia antiguas,» puesto que no se podía, al mismo tiempo, traer sus dioses, su culto, sus ceremonias, el aire transparente, el color del cielo y las costumbres de las antiguas ciudades. Poner un modelo entre la naturaleza y el artista ó el escritor, equivalía casi á negar á éstos el derecho de inventar; los académicos, que, en sus conferencias, empezaban por admirar un modelo y continuaban leyendo lo que acerca de él habían escrito los buenos autores, parecían resignados con la condición de alumnos perpetuos.

La doctrina tuvo el poder de una ortodoxia; única que se enseñaba en las escuelas, en París, en provincias, en Roma, apoyábase en una jerarquía que formaban el primer pintor, las academias, el superintendente de los edificios y el rey. Toda rebeldía contra un orden tan bien establecido era imposible. En los primeros años del siglo xvii había aún cierta libertad de acción con una posible fantasía; algunos jóvenes partían aisladamente hacia el país de los antiguos, en donde trabajaban como bien les parecía, y varios hombres se congregaban en corporaciones libres para discutir ideas; quien quería «poner modelo,» y quien podía, hacíase Mecenas; siendo posible que hubiese varias maneras de poner modelo y que los Mecenas tuvieran distintos gustos en artes y letras. Por el contrario, en la segunda mitad de aquel siglo no quedan más que un Mecenas, un gusto y un taller; las composiciones son academias reales, y los artistas viajeros, una escuela de Estado; todo se convierte en institución.

CAPITULO II

LAS LETRAS (I)

I. La Rochefoucauld, Retz, la señora de Sevigné.—II. Bossuet.
III. Moliere, La Fontaine.—IV. Racine, Boileau.

I.—*La Rochefoucauld, Retz, la señora de Sevigné*

Los escritores y los artistas estaban, pues, expuestos al peligro de ser dóciles á preceptos, á modelo, á una moda, á poderes; pero para los escritores el peligro era menor, ya que no estaban sujetos á la disciplina de un taller, ni gobernados por un superintendente, sino que estudiaban en la naturaleza viviente caracteres de hombres y observaban con atención los hechos que á su vista acaecían. Y si admiraban lo antiguo, no lo admiraban como los escultores y los pintores al través de la imitación italiana, sino en los mismos textos de Grecia ó de Roma. Por otra parte, resultó que el genio se hallaba distribuido desigualmente entre los escritores y los artistas, con ventaja para los primeros que se mantuvieron más libres porque eran más fuertes.

Los grandes escritores del período de Luis XIV que estudiamos fueron el duque de La Rochefoucauld, el cardenal de Retz y la marquesa de Sevigné, personas de la alta sociedad; y el obispo Bossuet, Moliere, La Fontaine, Racine y Boileau, gente de la clase media y literatos. En 1661 La Rochefoucauld tiene cuarenta y ocho años; Retz, cuarenta y siete, y la señora de Sevigné, cuarenta y cinco; Bossuet, nacido en 1627, ya ha predicado, escrito, combatido por la fe y emprendido sus direcciones principales; y Moliere y La Fontaine han llegado á los cuarenta. Los seis formaron su espí-

(1) FUENTES. En la «Collection des Grands Ecrivains de la France» (París, Hachette) han sido editadas las *Obras de La Rochefoucauld*, 3 vol., 1868-1881, por Gilberto de Gourdauld; del *Cardenal de Retz*, 10 vol., 1870-1896, por Feillet y Chantelauze; de la *Señora de Sevigné*, 14 vol., 1862-1866, por Monmerqué; de *Moliere*, 13 vol., 1873-1890, por Dubois y Mesnard; de *La Fontaine*, 11 vol., 1884-1892, por Regnier; de *Racine*, 8 vol., 1865-1873, por Mesnard. Las obras completas de Bossuet han sido editadas en Versalles, imprenta de Lebel, 43 vol., 1815-1819, y por Lachat, 31 vol., París, 1862; y sus obras oratorias por Lebarq, 6 vol., 1890-1896.

OBRAS DE CONSULTA: Voltaire, *Le Siècle de Louis XIV*, citado en la pág. 2. Nisard, *Histoire de la Littérature française*, París, 1875, 4 vol. Petit de Julleville, *Histoire de la Langue et de la Littérature française*, París, 1890-1900, 9 vol. Brunetiere, *Manuel de l'histoire de la Littérature française*, 2.^a ed., París, 1899. Lansón, *Histoire de la Littérature française*, 9.^a ed., París, 1905. Faguet, *Le XVII^e Siècle*, 28.^a ed., París, 1903. Numerosos estudios en Sainte Beuve, *Causeries du lundi*, 6.^a ed., París, 16 vol. (con índice analítico por Pierrrot); *Premiers lundis, Nouveaux lundis, Portraits contemporains* (índices alfabético y analítico por V. Giraud). Lemaitre, *Impressions de théâtre*, 13.^a ed., París, 1901, 10 vol.

En la serie «Les Grands Ecrivains français» (París, Hachette) se han publicado monografías sobre *La Rochefoucauld*, por Bourdeau, 1887; *la Señora de Sevigné*, por Boissier, 1889; *Bossuet*, por Rebelliau, 1900; *La Fontaine*, por Lafenestre, 1895; *Racine*, por Larroumet, 1898, y *Boileau*, por Lansón, 1892.

Para la bibliografía detallada de las fuentes, obras, opúsculos, artículos, véanse el *Manuel* de Brunetiere, antes citado; la *Histoire de la Langue et de la Littérature*, de Petit de Julleville; las monografías de la serie de los «Grands Ecrivains français.» La bibliografía corriente hállase indicada en la *Revue d'histoire littéraire de France*.

TOMO IV

ritu en una época de disturbios políticos y de anarquía intelectual, de la que surgen Descartes, Pascal y Corneille; en cambio, Racine y Boileau vieron, entre los veinte y los treinta años, cimentarse el orden político y la gloria del rey.

La Rochefoucauld, noble de vieja cepa, estudió muy poco tiempo; á los trece años era soldado; á los quince estaba casado, y á los diez y siete era «maestre de campo» y cortesano. De modo que muy pronto agotó las curiosidades de la vida. Sirvió en la corte á damas ilustres, tales como la reina Ana, perseguida por Richelieu, y la duquesa de Longueville, hermana del gran Condé; conspiró contra los dos sucesivos cardenales, é hizo todas esas cosas porque sentaban bien á un hombre de su condición. En la guerra civil no le impulsaba ninguna pasión política, ya que la cosa pública le era indiferente, ni ningún sentimiento honrado, ni dignidad alguna; era valiente y recibió terribles heridas, pues no le favorecía la suerte; pero, por lo demás, su corazón era mediano. Después de la primera Fronda, confesó que si Mazarino hubiese pensado en su «engrandecimiento,» él no le habría combatido: «No presumo bastante de mi virtud para atreverme á contestar que habría odiado al cardenal, si éste me hubiese amado.» El final de la Fronda hallólo desprevenido: «Os confieso, escribía, que me hallo muy perplejo, pues os aseguro que ya no sabré qué hacer cuando ya no haga algo malo.» En 1653 retiróse á sus tierras, pero tres años después volvió á París, reconcilióse «con las potencias;» tomó dinero de Fouquet, á quien prometió apoyo, y fué muy bien recibido en la corte y hasta distinguido por el rey. Su hijo será el cortesano modelo, asiduo en los actos de levantarse y acostarse el monarca, en los cambios de traje, en las cazas y en los paseos, y uno de sus nietos se casará con una hija de Louvois. Esta historia de La Rochefoucauld se parece á la de Condé; el señor príncipe también se ha hecho cortesano, su hijo no se apartará de palacio, y su nieto se casará con una bastarda del rey. Los La Rochefoucauld y los Condé pasaron de la rebeldía á la servidumbre.

«Ya no sabré qué hacer,» había dicho La Rochefoucauld; pero supo qué hacer, porque resultó que aquel señor ilustre había nacido escritor, é inmediatamente después de la Fronda escribió sus memorias, que no se publicaron hasta 1665, obra distinguida y mediocre, falta de calor, sin miras superiores á las cosas miserables elegantemente relatadas. Era incapaz de una gran obra continua, para la cual carecía de aliento, pero encontró un género. Su delicada inteligencia aun se refinó con el trato de las personas que recibía en su casa ó que encontraba en los salones de los intelectuales, entre ellos en el de la señora de Sablé, que expiaba graves pecados de juventud con un jansenismo suavizado por una buena mesa y por las conversaciones sobre la filosofía, la religión y las pasiones. La madre Angélica decía que la señora de Sablé «era doctísima en las pasiones, en las intrigas y en las bellaquerías del mundo;» y La Rochefoucauld sólo en ella creía, «en lo tocante á ciertos capítulos y sobre todo á los repliegues del corazón.» La especialidad de aquel salón era la «máxima;» y La Rochefoucauld escribió *Máximas*, de las que publicó una edición en 1665, después de cinco ó seis años de trabajo. Continuó trabajando su obra, luego que

hubo trasladado sus relaciones al salón de la señora de La Fayette, amiga de la duquesa de Orleans, aguda observadora de caracteres y de semblantes, curiosa en materia de letras, crítica delicada y escritora muy pura, y desde 1666 á 1678 dió á la estampa otras cinco ediciones, revisadas, corregidas y aumentadas: trescientas dos máximas en 1666 y quinientas cuatro en 1678.

Las *Máximas* son la filosofía de un hombre de quien podría decirse que ha fracasado en su vida, si es que se hubiese propuesto algo en serio, de un hombre de corta experiencia, limitada por su ignorancia, que era grande, por la estrechez de los medios en que vivió, en los cuales todo el mundo hacía y decía las mismas cosas, y por la insensibilidad de sus pasiones, pues quizás no estuvo nunca enamorado en el verdadero sentido de la palabra, y si profesó alguna religión, no aparece ésta en su libro, del que Dios está ausente. Las *Máximas* son la obra de un escritor que, trabajando con miras á una lectura ante un público reducido y refinado, que se asombraba difícilmente y al que era preciso, sin embargo, conquistar, exageró la severidad de sus juicios para asegurar sus éxitos de autor. De aquí que las *Máximas* sean uno de los libros más tristes que conocemos sobre la naturaleza humana.

Por otra parte, son un libro lleno de verdades, en el cual se ha buscado con paciencia, perspicacia y penetración maravillosas, «en los repliegues del corazón» el «amor propio,» principio de las acciones humanas. Aun aquellos que creen á la naturaleza humana capaz de generosidad, como ciertamente lo es, harán bien en tener al alcance de su mano el terrible librito, que precave contra la costumbre de engañarnos á nosotros mismos acerca de los motivos de nuestros actos, y contra el engaño de uno por sí mismo, que es la forma más generalizada de la insinceridad.

La Rochefoucauld es un moralista á la francesa, sin metafísica, casi sin obscuridades, inmediato, que impresiona directamente, profundo sin decirlo; ha encontrado la frase corta, en la que casi no se descubre el trabajo de corrección y pulimento en que invirtió tantos años; la frase sencilla, de aspecto inocente, que hace creer al lector que ya él la ha pensado y que también habría dado con ella, y que por esta razón entra en su espíritu y en él permanece; la frase para fórmulas que resumen, terminan y deciden; la frase de combate. La Rochefoucauld es uno de los creadores de la prosa francesa, que pronto será una potencia revolucionaria.

En 1660 el cardenal de Retz habíase sometido al rey, cuyo triunfo era evidente, y había recibido magníficas abadías de rentas cuantiosas en premio de su renuncia al arzobispado. El monarca le empleó en misiones diplomáticas que desempeñó con acierto, y quizás esperó por un momento llegar á ser un personaje del nuevo gobierno; mas si acarició esa ilusión, acabó por desecharla y no pensó más que en terminar su vida de un modo no ordinario, queriendo renunciar al cardenalato y pagando sus deudas. En otro tiempo había aspirado á ser arzobispo devoto, sin dejar de ser disoluto; después quiso ser hombre de gobierno, sin dejar de ser conspirador; y ahora quería arrepentirse. Era creador en sí mismo de personajes á los que miraba representar un papel y que le divertían. Es posible, sin em-

bargo, que, queriendo convertirse, se cogiese á sí mismo por la palabra y se reconciliase con Dios después de tantas y tan grandes ofensas.

Retz es un escritor vigoroso, psicólogo perspicaz, con instinto dramático; crea un personaje y dispone una escena como nadie, y su pluma fecunda derrama vida. Es muy gracioso, y en los retratos y en las escenas mezcla máximas políticas ingeniosas y enérgicas, demasiado numerosas y doctorales, que delatan al profesor de política; habla el idioma de Luis XIII, de largas frases periódicas, con interrupciones de frases breves que rompen la monotonía; tiene descuidos y, como Corneille, puntos cenagosos; pero conserva siempre, según ha dicho Voltaire, «un aire de grandeza y una impetuosidad de genio» que son de la época anterior al orden, á la regla, á la suavización, al pulimento, y que carecen la grandeza de realidad y el genio de eficacia. Toda la historia que relata se compone de cosas vanas; de aquí que ese escritor, no adocenado, sea menos leído de lo que se merece. Interesa al historiador porque sus *Memorias*, plagadas de mentiras y que, no obstante esto, dan una fisonomía verdadera á la época, son materia abundante en que puede ejercitarse la crítica, y también porque Retz, que, al igual que La Rochefoucauld, es un fracasado en su vida, es, como aquél, un testigo de su tiempo. En las obras de aquel cardenal y de aquel duque está escrito todo un capítulo de la historia de Francia, el fin de un mundo que no vale gran cosa.

La señora de Sevigné, huérfana desde muy niña, fué educada casi en libertad y vivió libremente, puesto que habiendo perdido á su esposo á la edad de veintiséis años, permaneció deliberadamente en el estado de viudez. No tuvo más pasión que su célebre amor maternal y fué un personaje de la corte, pero también de la ciudad, y acaso más de ésta que de aquélla. También amó la campiña, y ella, que sentía por París un cariño como jamás sintió ningún parisiense, contemplaba en los campos «los pequeños botones á punto de brotar,» admiraba la altura y la belleza de sus oquedales, escuchaba «el ruiseñor, el cuclillo y la curuja» que «inauguran la primavera en los bosques.» Sentíase capaz de «componer una primavera;» tuvo todas las curiosidades y recorrió todos los países; leía á Virgilio «en la majestad del texto,» y á Ariosto y á Tasso, también en el texto propio; y gustaba de las novelas de aventura, de las epístolas de Boileau, de las gracias de Voiture, del heroísmo de Corneille, de la filosofía de Descartes, de los sermones de Bourdaloue, de Rabelais, que la hacía desternillarse de risa, y de Arnauld y de Nicole, los doctores jansenistas. Su religión era sencilla y sana y comprendía algunas cosas del protestantismo; agradábase la doctrina jansenista; mas aunque tomó de ella algo, no la aceptó en absoluto, pues, como su primo Bussy-Rabutin, desconfiaba del «exceso de delicadeza en materias de conciencia,» y «sólo quería ir al paraíso, no más arriba.» Creía que la naturaleza le había dado el derecho de no ser sublime: «No soy de Dios ni del diablo y ese estado me fastidia por más que, dicho sea entre nosotros, lo hallo el más natural del mundo.» En política era realista y amaba al rey; pero amaba también á los que habían caído en desgracia, como Fouquet, y

á los que hacían oposición, como Retz. Admiraba á los que resistían, la osadía de aquel papa que aparentó no temblar y hasta amenazar; veía en el rey la cuesta del orgullo con todos sus peligros; y compadecía á los rebeldes castigados, por los cuales habría llorado si hubiese tenido un alma más sensible.

En sus cartas, la corte, los ministros, las queridas, la guerra, la paz, las fiestas, los duelos, el teatro, el púlpito, la librería, las cosas de religión, la vida privada, la

de Francia; y como dice acerca de todas las cosas casi todo lo que piensa, dejando entender lo demás, el que lee con atención sus líneas y entre sus líneas, descubre poco á poco lo que aprueba ó censura aquella mujer honrada, inteligente, culta, buena para su época, y se forma una idea de su ideal. Si su hija le hubiese manifestado un amor expansivo; si el rey hubiese recompensado mejor los servicios de su yerno y de su hijo; si le hubiese hablado con más frecuencia; si hubiese con-



Jacobo Benigno Bossuet, obispo de Meaux. Copia del grabado de C. Roy y del original de Jacinto Rigaud

vida pública, los vicios de la sociedad ocultos bajo la hipocresía de la decencia mientras se espera que estalle la fanfarronada del vicio, la miseria de las familias, empezando por la suya propia, la mendicidad de las manos tendidas hacia el rey, en una palabra, la Francia toda se refleja como en un espejo en el que brilla el rey sol, pero que también empañan muchas nubes, pequeñas ó grandes, y algunas tirando á negras.

Las cosas tristes, lo mismo que las alegres, dícelas la señora de Sevigné en una prosa viva, enérgica, delectable. Habla en voz alta, y en las conversaciones de su juventud, cuando los hidalgos llevaban el sombrero ancho, con el ala levantada y el penacho de plumas por debajo del cual caían en cascada natural los cabellos sobre los hombros; cuando apoyaban su mano en el puño de la verdadera espada de guerra, era elevado el tono de la voz, que después bajó, como todo lo demás. La señora de Sevigné es una sobreviviente: la libertad, la variedad de su ingenio, la alegría de vivir que en ella se siente y que veremos por un momento interrumpida en nuestra literatura, son documentos de historia

tinuado mirándola después que comenzó «á no mirar ya á nadie;» si hubiese dejado á los espíritus alguna más libertad de respirar y respetado algo mejor los viejos derechos de la Bretaña; si los ministros hubiesen sido más amables que aquel Colbert, á quien ella llamaba «el Norte;» y si por efecto de un mejor gobierno sus colonos le hubiesen pagado mejor y el dinero hubiese dejado de andar tan escaso, la señora de Sevigné habría sido la mujer más feliz del mundo. Sus ideales eran modestos, como los de todos los contemporáneos de Luis XIV, salvo algunas pocas almas religiosas.

II.—Bossuet

Bossuet, nacido en Dijón en 1627, estudió en el colegio de los jesuitas de aquella ciudad y luego en el colegio de Navarra, de París, en donde cursó teología. Recibido de doctor en 1652 y ordenado sacerdote, fué á Metz á desempeñar el cargo de arciano; en 1659 se estableció en París, en donde predicó durante varias cuaresmas y advientos y pronunció oraciones fúne-

bres; en 1669 fué nombrado obispo de Condom y al año siguiente preceptor del delfín, y después de haber consagrado diez años de su vida á la educación de uno de los escolares más mediocres de cuantos ha habido, pasó en 1681 del obispado de Condom al de Meaux. Murió en 1704.

Su familia, que desde la fabricación de paños se había elevado á los honores municipales y parlamentarios, mantúvose, durante los períodos de la Reforma, de la Liga y de la Fronda, fiel á la Iglesia y al rey. Bossuet nació de tronco sólidamente realista, fué un escolar admirable y, como el sacerdote (Nicolás Cornet) á quien ensalzó en su primera oración fúnebre, «se nutrió y sació del mejor jugo del cristianismo.» Con la Escritura estudiaba los Santos Padres, en los cuales se encuentra, decía, «más de esa pura substancia de la religión, más de esa savia del cristianismo que en muchos intérpretes nuevos.» Jugo, substancia, savia..., Bossuet se alimentó abundantemente de religión.

Instruyóse durante su larga vida, pero en particular durante los años en que fué preceptor del delfín; entonces repasó y amplió sus clases, pudiendo seguirse en sus obras el progreso de sus adquisiciones; desde muy joven, sin embargo, quedaron fijada su doctrina y formada su alma.

La vida es corta: es un «momento que me separa de nada;» sólo Dios es, y puesto que es y que ha creado á los hombres, «debe amar á los hombres.» Dios es la Providencia que quiere con toda eternidad lo que ha sido, lo que es y lo que será, por quien los reyes reinan y se suceden los imperios, todos legítimos, pues todos los ha querido. Habló por boca de los profetas y de la Escritura, y á fin de que el hombre comprendiera su palabra, instituyó, por orden indubitable, la Iglesia «única,» «universal,» «sostén inmóvil» de la unidad «en la cual está la vida» y fuera de la cual «la muerte es cierta.» Todo esto es simplemente el conjunto de la idea cristiana; pero este conjunto hállase fuertemente ligado en el espíritu de Bossuet, y es la explicación única y suficiente de todo, de lo natural y de lo sobrenatural, de la vida y de la muerte, de la política y de la religión.

La doctrina no está en Bossuet sólo en estado de razonamiento; está también en estado de poesía. Siendo aún muy joven, encontró en la biblioteca de su familia una Biblia, y ante la grandiosidad de aquel poema de Oriente entusiasmóse en él un instinto poético que en él existía en expectación. Su imaginación tuvo la facultad milagrosa de ilustrar todas las páginas, todas las líneas de los libros santos; veía las caras, las actitudes, las escenas; oía las palabras y daba una vida concreta á lo invisible. Leyendo las *Élévations à Dieu sur les mystères* («Elevaciones á Dios sobre los misterios»), diríase que Bossuet presenciaba el trabajo de la creación y que vivió, en el Paraíso terrestre, la existencia auro-ral, casi divina, que precedió al pecado. Explica por qué, en aquel medio indistinto, Eva no debió quedar del todo asombrada oyendo hablar á la serpiente. Y en sus sermones sigue el vía crucis, desde el pretorio, en donde Jesús, «con el rostro erguido é inmóvil,» recibe «sin quejarse» los salivazos, y en donde «la granizada de azotes» cae sobre «su carne sudorosa y desollada,» hasta el calvario, en donde aquel «miserable,» aquel

«ahorcado,» á quien «sólo sus heridas sostienen,» agoniza, mientras á lo lejos «la canalla» espectadora mueve la cabeza. Bossuet, en la Edad media, habría sido un maravilloso escritor de «misterios.»

Ese poeta es el orador más grande de las letras francesas, y es orador siempre; cuando escribe, se le oye hablar y habla un idioma hermosísimo, lo mismo en la frase periódica majestuosa que en la frase corta; en tono sublime que en tono sencillo, y siempre con naturalidad. Para amoldarse á las costumbres y al gusto de la sociedad posterior á 1660, amortiguó, por decirlo así, cierto romanticismo innato en él; pero conservó hasta el fin algo de la edad del verbo elevado y del amplio gesto. Es vigoroso, es altivo, es abundante.

Ama con pasión la palabra y la escritura; mas no habla por hablar ni escribe por escribir. Ese doctor, ese poeta, ese orador es un hombre de acción cuya actividad fué extraordinaria; no creía que «la perfección de la vida cristiana» consistiese «en arrojarse á un claustro,» sino que decía: «Sacerdotes, que sois los ángeles del Dios de los ejércitos, habéis de subir y bajar incesantemente, como los ángeles que vió Jacob en aquella escala mística... Subid, pues, y bajad sin cesar, es decir, orad y predicad: hablad á Dios, hablad á los hombres; id primero á recibir y venid luego á difundir las luces; id á buscar agua á la fuente y venid después á regar la tierra...» Y él, en efecto, toda su vida subió la escala mística para volver á descender á los combates; todos sus discursos, todos sus libros son actos de su oficio de sacerdote, de obispo, de preceptor del delfín, de «Padre de la Iglesia,» como en su tiempo le llamaron. Si ve ó prevé un peligro para la Iglesia, allí acude; combatió contra los protestantes, los libertinos, los quietistas, los exégetas y los casuistas y siempre estuvo ocupado en defensas ó en asaltos. El sobrenombre de Hércules cristiano que algunos aduladores dieron á Luis XIV, debió aplicarse á Bossuet, que nació atleta (1).

(1) Para la edificación de los cristianos, pronunció sermones, panegíricos, oraciones fúnebres, y escribió las *Élévations sur les mystères*, las *Méditations sur l'Évangile* («Meditaciones sobre el Evangelio») y *Lettres de direction* («Cartas de dirección»). Para la educación del delfín, cuyo profesor fué, compuso el *Discours sur l'histoire universelle* («Discurso sobre la historia universal»), la *Politique tirée des propres paroles de l'Écriture sainte* («Política sacada de las propias palabras de la Sagrada Escritura»), el *Traité de la connaissance de Dieu et de soi-même* («Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo») y el *Abrégé de l'histoire de France* («Compendio de la historia de Francia»). En el debate de la cuestión galicana, pronunció el *Sermon sur l'unité de l'Église* («Sermón sobre la unidad de la Iglesia») y escribió tratados en latín como la *Defensio declarationis cleri galicani* («Defensa de la declaración del clero galicano»). A los protestantes van dirigidos; la *Exposition de la doctrine catholique en matière de controverse* («Exposición de la doctrina católica en materia de controversia»), la *Conférence avec M. Claude* («Conferencia con el señor Claude»), la *Histoire des variations des Églises protestantes* («Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes») y los *Advertissements aux protestants* («Advertissements á los protestantes»); á los quietistas, la *Instruction sur les états d'oraison* («Instrucción sobre los estados de oración»), la *Relation du quietisme* («Relación del quietismo») y varios escritos sobre las *Máximas de los santos*; al exégeta Ricardo Simón, las *Instructions sur le Nouveau Testament imprimé à Trévoux* («Instrucciones sobre el Nuevo Testamento impreso en Trevoux») y la *Défense de la tradition et des Saints-Pères* («Defensa de la tradición y de los Santos Padres»). Más adelante, en el capítulo *Las Ciencias, la Filosofía, la Erudi-*

Bossuet es uno de los hombres en quienes es interesante examinar el problema de la creencia. Estudió la filosofía (Platón, Aristóteles, Descartes, Espinoza y Hobbes) y la historia, la de la antigüedad, la de la Edad media y la de los tiempos modernos; hizo obra de gran historiador, con idea preconcebida, pero instruido, erudito, evocador de escenas y de personas, en la *Historia de las variaciones*, y demostró en el *Discurso sobre la historia universal* una comprensión justa de las civilizaciones antiguas. Instruyóse en las ciencias naturales, interesándose por las «disecciones,» admirando «para cuántas cosas es útil la respiración,» y sabiendo que «el poder del alma tiene sus límites,» que «no piensa ni conoce sin el cuerpo,» que el recuerdo depende del cerebro y que el cerebro produce espontáneamente el recuerdo, y que en las operaciones más refinadas interviene siempre ó casi siempre algo sensible. Y todo esto, que parece asombrarle un poco, es efectivamente grave. Por otra parte, conoce las objeciones que se hacen á su fe, todas las razones de los protestantes, todas las de la inquietante exégesis de Ricardo Simón; y por añadidura ve en toda su crudeza las terribles miserias que se muestran bajo el reinado de Dios y del rey. Pronuncia frases revolucionarias; opina que «las murmuraciones» de los miserables «son justas» y que «los pobres no han perdido del todo ese derecho tan natural que tienen los hombres de tomar de la masa común lo que les es necesario.» En una palabra, es un hombre informado que conoce y comprende todas las realidades; y sin embargo, no comprende su fe, puesto que ha escrito: «Cuando se dice que el alma ve á Dios por la fe, es decir que no le ve.» Ni siquiera está seguro de haber producido en sí mismo el acto de fe, ya que ha escrito que cuando se dice: Creo, «más bien se hace un esfuerzo para producir acto tan grande, que se tiene la certeza de haberlo producido.»

Y, sin embargo, su alma vivió tranquila, siendo la causa de esa tranquilidad la solidez del fondo y la potencia de la educación recibida; y es que Bossuet está enamorado de su doctrina y adherido á ella con toda su razón, prendada del orden y de la certidumbre, pero es también que existe en él un artista que oye una música bella y ve soberbias visiones. Además, es un combatiente siempre en la liza y que como siempre afirma, no tiene tiempo para dudar. En el catolicismo uniforme, cada alma tiene su modo de ser católica; en el modo de Bossuet, entran su genio de poeta y su profesión de afirmador. Ningún hombre del siglo xvii hubiera perdido más que él dudando; la duda habría sido para él la total ruina de sí mismo.

Esto sentado, la historia, la filosofía, todo lo subordina Bossuet á las conveniencias de la fe cierta y poética; la historia, en su «Discurso sobre la historia universal,» no es sino un «tejido divino.» Complácese en aducir las más extrañas pruebas de la intervención de Dios en los asuntos humanos, y así en su oración fúnebre de Enriqueta de Francia, viuda del rey Carlos de

ción y la Teología, nos ocuparemos de la disputa entre Bossuet y Ricardo Simón. A esta lista enorme hay que añadir los opúsculos, muchos de ellos importantes, y una abundante correspondencia. Las obras de Bossuet forman 43 volúmenes en 8° en la edición de Versalles, de la imprenta Lebel.

Inglaterra, cita la siguiente frase de Dios, hablando de Nabucodonosor: «Quiero que esos pueblos le obedezcan y que obedezcan igualmente á su hijo,» con lo cual da á entender que Dios quiso predecir que los pueblos de Inglaterra obedecerían á Oliverio Cromwell y al hijo de éste. Así también en su oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra, celebra el gran milagro realizado por Dios para salvar el alma de aquella princesa, que habría continuado siendo cismática si su padre no hubiese muerto en el cadalso: «Para darla á la Iglesia, ha sido menester derribar todo un gran reino... Si las leyes del Estado se oponen á su salvación eterna, Dios hará bambolear todo el Estado para emanciparla de sus leyes, pues para dar á luz á sus elegidos remueve todo el cielo y la tierra.» Diríase que con tales audacias, pues ciertamente no hay que ver en esos pasajes simples bellezas oratorias, Bossuet se complació en desafiar la sonrisa de los «libertinos.» En cuanto á la filosofía, repruébala toda como peligrosa: «Dejad á vuestro Platón con su divina elocuencia; dejad á vuestro Aristóteles con esa sutileza de razonamiento; dejad á vuestro Séneca con sus soberbias opiniones, peligrosos empíricos que, para adormecer el mal, no hacen más que enconar la herida.» Además la desprecia por inútil: «Nuestro excelente maestro, Jesucristo, ha determinado todas las cosas; el cristiano no tiene que buscar nada.»

Bossuet es el representante exacto de un siglo que, reconciliándose con la antigüedad pagana y con la antigüedad sagrada, creyó encontrar el «apoyo inmóvil» de todas las cosas; es un predicador de inmovilidad que ve perfectamente, con entera claridad, cómo el espíritu sigue agitándose. Las consecuencias ciertas del protestantismo y de la filosofía cartesiana le son odiosas; detesta todo el porvenir y por adelantado nos maldice; de aquí que sea para nosotros extraño y lejano, y que no tenga nada que enseñarnos, porque ni inventó ni quiso que nadie inventara nada. Bossuet no está en la circulación de los espíritus; es, como Versalles, un monumento colosal, símbolo de una época, y enteramente lleno de objetos grandes y raros, pero inhabitable y para visitar el cual es preciso moverse.

III.—Moliere y La Fontaine

El año anterior al en que Bossuet, procedente de Metz, llegó á París, regresaba á esta capital Moliere, después de una excursión por las provincias. Nacido en 1622 en el barrio de los Mercados, hijo de un padre medio burgués, tapicero, proveedor y ayuda de cámara del rey, fué educado en el colegio de los jesuitas de Clermont y estudió luego derecho. Pero paseante sempiterno, oyente en todos los puestos de charlatanes, visitante asiduo de toda clase de cómicos, quiso ser comediante, fundó á la edad de veintidós años un «ilustre teatro,» que se arruinó, estuvo en la cárcel por deudas y recorrió las provincias desde 1647 á 1658. A su regreso de aquella expedición, representó por vez primera delante del rey; en 1659 inauguró con las *Precieuses ridicules* («Preciosas ridículas») la serie de sus obras magistrales, y en 1673 murió momentos después de representar el *Malade imaginaire* («Enfermo imaginario.»)

La Bruyere decía, sin saber que anunciaba solemnemente